

LOS ÁNGELES DE LA GUARDA

El año que cumplimos catorce, Ana, Sofía y yo decidimos que, cuando cumpliésemos los dieciocho, haríamos un viaje al extranjero sin nuestras familias, es decir, solas. Había llegado el momento. Sofía y yo cumplimos los años en marzo y abril respectivamente y Ana los cumplía a mediados de agosto. Esto significaba que el viaje lo teníamos que programar para finales de ese mismo mes. En mayo comenzamos a prepararlo.



Barajamos varios destinos. A Sofía le apetecía ir a París; a Ana, a Centro Europa, y a mí, a Países Bajos. Como en un principio no nos poníamos de acuerdo, decidimos buscar vuelos directos desde Zaragoza. El primer destino descartado fue el mío, no había vuelos directos a Países Bajos, ¡vaya suerte la mía...! En fin, no pasaba nada, tenía tanta ilusión por el viaje que estaba convencida de que cualquier destino sería perfecto. Entre París y Centro Europa, cuyo destino tenía que ser Múnich, nos decidimos por éste último porque nos daba la opción de una vez allí, poder visitar Salzburgo, ciudad austriaca maravillosa que nos apetecía mucho a las tres. Sofía cedió en su destino con la condición de que el siguiente viaje que hiciésemos fuese a París.

Compramos los billetes de avión, destino Múnich, para el veinte de agosto. Los adquirimos a buen precio y también hicimos las reservas del hotel y de los tours. Reservamos un hotel frente a la estación central de Múnich y los tours en grupos que hablasen español. Con todo ya organizado, solo nos quedaba esperar que llegase la fecha. Estábamos ansiosas, no había día que no hablásemos del viaje.

-¡ Qué lentos se me están pasando los días!- decía Ana

-Tengo que hacer una lista con todo lo que me tengo que llevar - decía Sofía constantemente. La lista no la hizo hasta una semana antes del viaje.

- Entre las dos me estáis poniendo súper nerviosa, aún quedan tres meses- decía yo.

Con esa impaciencia, llegó el quince de agosto, cumpleaños de Ana. Ya teníamos las



tres los ansiados dieciocho años. Y lo más importante, a cinco días de comenzar nuestro inolvidable viaje. El vuelo lo teníamos a las cuatro de la tarde, y a las dos queríamos estar en el aeropuerto. Esa mañana fue una locura. Estábamos las tres en permanente contacto.

-¡No me cabe todo en la maleta!- decía Sofía. Solo podíamos llevar una maleta de cabina cada una, y a Sofía se le quedaba pequeña.

-A mí me va a sobrar un poco de espacio, Sofía, - yo soy muy práctica, llevaba lo justo y necesario para los cuatro días del viaje - mete lo que no te quepa en una bolsa y cuando llegemos al aeropuerto lo metemos en mi maleta - le dije.

-Yo me llevo varias prendas puestas, ¡voy a pasar un calor...! - dijo Ana, porque tampoco le cabía todo en la maleta.

Así, con todo este jaleo del equipaje, se nos pasó la mañana volando. Se hicieron las dos. Los padres de Sofía nos llevaron al aeropuerto. Cuando llegamos, facturamos el equipaje y esperamos una media hora en la cafetería. De allí nos dirigimos al control para pasar a la zona de embarque. Una vez allí, metimos el equipaje que no le cabía a Sofía en mi maleta y nos sentamos a esperar pacientemente hasta que se hiciese la hora del embarque.

El vuelo duró algo menos de tres horas. Aterrizamos en Múnich sobre las siete de la tarde. En el aeropuerto, compramos los billetes del tren que nos llevaría a la estación

central. Salimos de la estación y justo enfrente teníamos nuestro hotel, enseguida lo localizamos. Nos registramos, subimos a la habitación, deshicimos las maletas y fuimos a cenar a una pizzería. Teníamos un hambre atroz, no habíamos comido nada desde el mediodía. Esa noche apenas dormimos, como es normal la primera noche en un hotel, extrañábamos las camas.

Al día siguiente, visitamos Múnich. Fuimos a la plaza Marienplatz, donde se encuentra el ayuntamiento. Nos metimos a un museo, visitamos la Catedral, estuvimos en un parque, en el mercadillo y comimos en un restaurante típico alemán. A las nueve de la noche volvimos al hotel agotadísimas. Esa noche dormimos profundamente. El segundo día de nuestro viaje nos levantamos temprano. A las ocho y media teníamos que estar en la estación central donde nos esperaba el guía turístico para ir al castillo de Neuchwanstein. Cogimos el tren, dirección Fussen. Bajamos en la estación y cogimos un autobús que nos llevó hasta los lagos. Pasamos allí la mañana, comimos y por la tarde subimos al castillo. Lo visitamos con el guía, que nos explicó la historia del mismo con todo lujo de detalles. Estábamos emocionadas, el castillo y el paisaje eran de una belleza extraordinaria. De regreso a Múnich, Ana comentó que se le hacía raro que sus padres apenas se habían puesto en contacto con ella.

El plan del día siguiente, tercer día de nuestro viaje, era que no había plan. Pasamos el día en Múnich visitando lugares de interés. El cuarto y último día de nuestro viaje teníamos el tour a Salzburgo. El punto de encuentro era la estación central a las ocho. El guía turístico, junto con un grupo de personas, ya estaban allí. Sofía casi se desmayó cuando vio al guía, y nos dijo:



-Chicas, ¿habéis visto cómo está el guía?

Ana y yo nos fijamos detenidamente, la verdad es que era guapísimo: rubio, con una melena corta, unos ojos verdes impresionantes y un cuerpo espectacular, tendría unos 25 años. Nos quedamos atontadas mirándolo.

-No he visto un chico más guapo en mi vida - decía Sofía. Ana y yo pensamos que había tenido un flechazo.

-No está mal - decía Ana. Claro, como tiene novio en Zaragoza... Yo opinaba como Sofía, era un chico espectacular.

Se nos acercó y, con acento argentino, nos preguntó si éramos del grupo en español para ir a Salzburgo. Las tres asentimos. Él se presentó, nos dijo que iba a ser nuestro guía y que se llamaba Matías.

-Chicas, ¡es argentino!, preparaos, nos va a saturar de información.

Ana y Sofía se echaron a reír. A Sofía no le importaba nada que fuese argentino y que le pusiera la cabeza como un bombo, con mirarlo ya tenía suficiente. Ana no le dio importancia, yo creo que no sabe cuánto hablan los argentinos. Cogimos el tren, el viaje duró unas dos horas en las que el tal Matías no cerró la boca. Cuando llevábamos aproximadamente una hora de trayecto, me puse los auriculares porque ya no soportaba seguir escuchándolo. A Sofía le daba igual, porque ni lo escuchaba, ya que estaba embelesada. Y Ana se sentó junto a una chica colombiana que iba sola e iban hablando entre ellas.

Al llegar a la estación de Salzburgo, cogimos un autobús que nos llevó hasta el palacio de Mirabell. Entramos en el palacio y visitamos sus jardines, todo ello con las extensas explicaciones de Matías. De allí nos dirigimos a la catedral, visitamos las plazas, edificios de interés, etc... Cuando llegamos al río, Matías se despidió. La visita guiada había finalizado. Nos informó que a las seis de la tarde debíamos de estar en ese mismo punto para regresar a la estación. ¡Por fin solas! Ana y yo felices, Sofía no tanto. Cruzamos el puente Makartsteg sobre el río Salzach. Lo primero que visitamos fue la casa Mozart y anduvimos por toda la famosa calle comercial donde se encuentra la casa. De allí nos dirigimos a visitar la abadía, el cementerio e iglesia de San Pedro y las catacumbas. Nos quedamos flipadas con el cementerio, no parecía un camposanto sino un jardín de flores. Cuando entramos a visitar la iglesia, sentí una extraña sensación.

-Chicas, me parece que alguien nos está siguiendo - les dije.

-Laura, te está afectando el cansancio- me contestaron.

Salimos de la iglesia de San Pedro y nos dirigimos a las catacumbas.

-Laura, tienes razón, alguien nos sigue - me dijo Ana.

Sofía no se enteraba de nada, creo que seguía pensando en Matías. Para asegurarnos de que esto era así, nos echamos las tres a correr y..., efectivamente, alguien nos seguía. Nos metimos en una cafetería, nos quedamos a la puerta, y cuando pasó por delante, intentamos agarrarlo de la sudadera, sin éxito. Queríamos saber quién era y por qué nos estaba siguiendo. Llevaba una gorra con la visera en la nuca, se le cayó al suelo y algo nos llamó la atención. En la nuca tenía un tatuaje, las tres lo vimos. Sofía y yo decíamos que era un ave, y Ana, un ángel. En algo coincidimos, el tatuaje tenía unas alas. Estábamos súper inquietas, ¿quién era aquel individuo?, ¿por qué nos seguía?

Se hicieron las seis y regresamos al punto de encuentro donde habíamos quedado con el grupo. De allí nos dirigimos a la estación para coger el tren de regreso a Múnich. Como no podía ser menos, Matías no paró de hablar en todo el viaje. Cuando quedaba un cuarto de hora para llegar a la estación de Múnich, Matías se sentó, ¡qué descanso! Tenía calor y se recogió su corta melena en una coleta. Me quedé estupefacta, Matías llevaba en la nuca el mismo tatuaje. Se lo dije a Ana y a Sofía. Alucinaron igual o más que yo.

-¿Cómo era posible?- nos preguntamos.

Nos comunicamos las tres por el grupo de Whastapp para que no nos escuchara Matías. Decidimos que cuando parase el tren en la estación, bajaríamos con paso ligero, casi corriendo, e iríamos al hotel. Así lo hicimos. Esa noche no pegamos ojo. La inquietud y la incertidumbre no nos lo permitieron.

A las nueve de la mañana, cogimos el tren que nos llevaba al aeropuerto. El vuelo lo teníamos a las doce. Decidimos comer algo mientras esperábamos y, cuál fue nuestra sorpresa, cuando observamos que una chica que estaba sentada en la barra del bar en el que estábamos comiendo tenía el mismo tatuaje.

Transcurridos quince días del regreso de nuestro viaje, llegó el momento de solucionar todo el papeleo para el ingreso en la universidad. Estuve buscando por todos los cajones de mi habitación un certificado que necesitaba pero no lo encontré. Fui al mueble que tenemos en la entrada de casa y me puse a revolver en un cajón donde solemos guardar la correspondencia..., nada, el certificado no aparecía. Pero ¡cuál fue mi sorpresa cuando al fondo del cajón vi una tarjeta con el símbolo de los misteriosos tatuajes junto a una dirección web! Fui corriendo a mi ordenador y entré en la página. Era de una agencia de seguridad británica con sede en Londres, con más de tres mil agentes por todo el mundo dedicados a la seguridad y protección de jóvenes de dieciocho a veintidós años, los cuales informaban a los padres de los movimientos de sus hijos en los viajes por el extranjero. Se hacían llamar "Los Ángeles de la Guarda". Me puse en contacto con las chicas por vídeo llamada. No se lo podían creer. ¡Los habían contratado nuestros padres para que nos vigilaran! Ahora entendíamos por qué apenas se pusieron en contacto con nosotras, estaban más que informados. El *maps* no les era suficiente. Realmente el viaje había sido inolvidable. El próximo, como le prometimos a Sofía, será a París. Pero no informaremos a nuestros padres de nuestros planes hasta un día antes del viaje...



Isabel Arnedo 1º BACH